

Sitges 2020. 53 Festival Internacional de Cine Fantástico de Catalunya

Por JAVIER J. VALENCIA



Festival de circunstancias

A día de hoy se plantea una duda: ¿será la edición 2020 del Festival de Sitges recordada como “la de las mascarillas”? ¿O esta pesadilla tan desagradable e irritante todavía nos seguirá asolando por más tiempo y simplemente será “la primera del Covid”? De verdad, espero de todo corazón que sea lo primero, y que este doloroso periodo de nuestras vidas pase lo antes posible. Si teníamos que aprender la lección sobre lo frágil que es el sistema sobre el que vivimos, creo que nos hemos llevado una de las buenas. Si, para todos los amantes de la cultura, ha servido para darnos cuenta de que en nuestro entramado social está cimentada sobre el más frágil de los cristales, y debemos tratarla con sumo mimo y cuidado de ahora en adelante, intentemos que lo que hemos aprendido de esta dolorosa etapa no caiga en saco roto. Ojalá lo hagamos y no demos la razón al funesto presagio del Merlin de Nicol Williamson en el *Excalibur* de John Boorman: *La pérdida del hombre es el olvido...*

En cualquier caso, cualquier valoración que se haga del *53 Festival Internacional de Cine Fantástico de Catalunya* debe de estar supeditada a las (nada agradables) circunstancias que tuvieron que afrontar organizadores y programadores durante los once días de Festival. Ni la imposibilidad de contar con títulos “fuertes” (debido a los retrasos en los futuros estrenos), ni con los invitados de la categoría de las últimas ediciones (aunque por la alfombra roja se pasaron algunas celebridades

nacionales como Najwa Nimri, que recibió el Gran Premio Honorífico, Mario Casas o Paco Plaza) impidieron a una numerosa cantidad de “fieles” de Sitges inasequibles al desaliento acudir como cada año a su oasis *fantastique* particular. Aunque obviamente la situación tuvo repercusión, y algunos días entre semana la sensación de vacío en las calles –que en realidad no era para tanto- recordaba a ediciones de principios del siglo XXI, cuando el certamen no era tan popular como ahora y no se formaban las tremebundas colas a las que a día de hoy nos tiene acostumbrado. Sin *zombie walk*, sin *master class* en vivo, con una reducción considerable de puestos de venta de *merchandising* y películas y encima con los inconvenientes provocados los últimos cuatro días de Festival a causa de las nuevas medidas y restricciones de la Generalitat para frenar la expansión del Coronavirus que obligó a cancelar varias proyecciones nocturnas, cualquiera diría que se debería haber notado con fuerza la pérdida de *ambientillo*: sin embargo, no fue para tanto. Se notó como se nota en todos y cada uno de los ámbitos de la vida diaria. Pero también se vislumbraban ganas de compartir charlas cinéfilas, de comentar las proyecciones y de no dejar pasar una cita que para muchos es la mejor de las abstracciones ante esa ola de antimateria que es la rutina y que todo lo devora. Además, no hubo ni mucho menos ningún tipo de subida de contagios en la localidad durante esos días. La actitud tanto de voluntarios, encargados de las salas y espectadores fue, según mi experiencia, ejemplar. Difícil contagiarse bajo tanta vigilancia y cuidado. ¡Ni qué habláramos del metro!

Hubo como cada año películas buenas y películas malas. Y de nuevo hubo muchas, en términos de cantidad hará falta un apocalipsis más fuerte para frenar el rodillo de cintas a mansalva que ofrece Sitges cada edición. Hubo sorpresas, hubo decepciones, hubo realizadores que se consagraron, hubo otros que parecieron haber perdido fuelle y por supuesto hubo algunos destacables descubrimientos. Como siempre. Como ha de ser. La vida sigue.



La flamante ganadora del premio a la mejor película en la sección oficial fue *Possessor*, de Brandon Cronenberg, cuya ópera prima *Antiviral* pudo verse en el 2012. Si de aquella podía decirse que tenía un argumento y una creación de atmósferas muy sugerente que terminaba por hacerse excesivamente tediosa por lo indescifrable y – hablando en plata- espesa que resultaba en demasiados momentos, de su nueva y premiada obra se puede señalar que Cronenberg Jr. ha pulido algunos de los defectos de su debut. Narra la historia de Tanya Vos (Andrea Riseborough), una asesina a sueldo de una misteriosa organización cuyo método de trabajo implica introducirse en las mentes

de otras personas y ocupar sus cuerpos para que hagan el trabajo sucio. Pero nuestra titiritera se verá en conflicto cuando entre en posesión de un huésped más rebelde de lo habitual. En *Possessor* hay una brillante mirada a una sociedad despersonalizada y de la obsesión casi patológica que ya se ha vuelto hasta cotidiana en lo que respecta a contemplar la intimidad de los demás. También es excesivamente críptica, se regodea en una densidad que probablemente sirva en un futuro para que su director tenga unas señas de identidad reconocibles, pero no ayuda precisamente a la fluidez de la narración. El reparto está bastante bien, Riseborough estupenda, Christopher Abbot cómodo en su estoico rol de *suplantado insurgente* –aunque brilló más en *Black Bear*, también vista en la presente edición-. ¿Un premio justo? Sin parecerme una película redonda, y aunque en el Festival disfruté bastante más de otras propuestas, fue la que pareció generar un mayor consenso entre el *fandom* y no creo que disgustara a casi nadie.

Una de las más sonoras decepciones fue *The Reckoning* del otrora interesante (aunque tampoco tan genial como en ocasiones se le pinta por ahí) Neil Marshall. A primera vista parecía que el director de *Dog Soldiers* (2002) se había acercado al tema de la caza de brujas en territorio británico en el siglo XVII de manera reminiscente al clásico del “folk horror” *The Witchfinder General* (1968) de Michael Reeves, pero nada más lejos de la realidad. *The Reckoning* tiene una factura más pareja a productos televisivos tipo *Outlander* y enfoca toda la narración en base al escaso talento de su actriz principal, Charlotte Kirk, que parece más preocupada por lucir estupenda durante todo el metraje (aunque sea sometida a torturas y vejaciones y pase una larga temporada en un calabozo) que en ofrecer una interpretación sólida. A veces se muestra como un romance de época, otras como una película de terror y fuerza un mensaje feminista que parece más interesado en subirse al carro de una tendencia que de tratar de hacer reflexionar al espectador de una manera seria. De una manera un tanto inexplicable deriva al cine de aventuras en su último tramo y su protagonista de repente pasa a ser una heroína de acción. El conjunto, de absurdo y un poco estúpido, hasta llega a resultar divertido.



Otro director que no logró ofrecer una propuesta del todo satisfactoria –aunque digna y notablemente mejor que la de Marshall- fue Christopher Smith, que en el pasado dio alegrías del tamaño de *Triangle* (2009) o *Detour* (2016) y del que considero

que nunca ha recibido una consideración proporcional a su talento. No sé si llegará el día, ojalá, aunque probablemente no sea con la un tanto fallida *The Banishing*. Narra el relato de una familia que entra a vivir en una mansión gótica en los años 30 donde en el pasado se cometieron espantosos crímenes, y va desarrollando un fantasmal misterio sobre una especie de cristianismo alternativo y oscuro que una vez estuvo asentado en el lugar. Smith vuelve a utilizar su habilidad para jugar con el tiempo pero al estar excusado en esta ocasión lo sobrenatural no resulta tan satisfactorio como en otras ocasiones. La interpretación de la protagonista, Jessica Brown Findlay, es más que solvente y la más destacable de la cinta, donde sin embargo resbala algún actor de calidad incontestable como Sean Harris dando vida a un médium excesivamente afectado e histriónico. No es del todo desdeñable, y puede ser un buen placebo para cuando se sientan ansias de disfrutar de una *ghost story* de marcado sabor británico. Pero sabe a poco, viniendo de quien viene.

The Show viene firmada por Mitch Jenkins, pero su estrella indiscutible es su guionista, el inigualable Alan Moore, escritor de cómics como *Watchmen* o *V de Vendetta* que lleva ya varios años explorando su particular relación con Northampton, su ciudad natal, tanto en una serie de cortometrajes también dirigidos por Jenkins como en novelas como *La voz del fuego* (1996) o la más reciente *Jerusalem* (2019). De “su” Northampton ha mostrado visiones del pasado y la ha nutrido de la patulea más original de personajes que uno pueda imaginar: en *The Show* le añade un nuevo punto de destino a su cartografía: el mundo de los sueños, tan sólido y habitado como el real. Y que además en este caso será de imprescindible recorrido para el personaje principal interpretado por Tom Burke al que un mafioso ha contratado para dar con un esquivo sujeto resultando así una versión muy *sui generis* de un *film noir*. *The Show* es un disfrute sencillo y muy divertido, quizá mejor escrito que realizado (me temo que esta frase la van a leer mucho al respecto de la peli). Imponente Alan Moore en pantalla –se reserva un papel breve pero muy relevante- y memorable en el *post screening* que se emitió al finalizar el pase en el Casino Prado en el que guionista y director comentaron diferentes aspectos de la obra.



La propuesta que me robó completamente el corazón fue *Come True* (Anthony Scott Burns). En ella seguimos las andanzas de Sarah (una adorable Julia Sarah Stone), una joven con un grave problema de disfunción del sueño. Apenas puede descansar. Oníricamente se transporta a una suerte de paraje oscuro y remoto plagado de figuras que parecen surgidas de la mente de William Hope Hodgson y su *El reino de la noche* y que son verdaderamente escalofriantes. Para intentar solucionar su problema accederá a ser voluntaria en un laboratorio donde investigan afecciones como la suya o la parálisis del sueño. Y en ese lugar, sin que ella lo sepa, hay quién trabaja en un experimento revolucionario. El misterio al que se va acercando poco a poco Sarah está envuelto en las sinuosas melodías electrónicas del dúo canadiense Electric Youth (para el recuerdo su “Hero” en la BSO de “Drive” de Nicolas Winding Refn) y del propio Burns con el apodo que usa para la industria musical, Pilotpriest, que aplican a la –de todos modos– angustiada experiencia de la chica de un sugerente halo de romanticismo y melancolía. Su final parece diseñado específicamente para provocar división en los espectadores, aunque he de confesar que lo defiendo a muerte. Cuando una narración cinematográfica está ejecutada como la experiencia subjetiva de su personaje principal, ¿qué importancia tendrá que recorra el mapa del subconsciente? Me hizo pensar en aquella sentencia de Alan Moore –precisamente él–, cuando trabajaba en DC, cuando escribía o leía historias *dentro o fuera* del canon de su universo, siendo las últimas tildadas de manera oficiosa como “historias imaginarias”. Como decía el escritor, *todas las historias son imaginarias*. Fue la experiencia más estimulante de Sitges y mi favorita particular, aunque se fue con las manos vacías en lo que a Palmarés respecta. No importa: encontrará su público. Seguro.



Una especie de virus existencial asola a los protagonistas de *She Dies Tomorrow*, de la también actriz Amy Seimetz. El novio de Amy (Kate Lyn Sheil) le traspasa la firme convicción de que ese es el último día que va a pasar entre los vivos, sin ninguna razón racional para ello. Amy le pasará dicho virus a Jane (Jane Adams), ésta a su hijo y su esposa, y así poco a poco el “cáncer filosófico” se irá extendiendo a lo largo y ancho de la ciudad. Se trata de un *mumblecore* con un punto de partida sugerente, a medio camino entre el drama existencial y la comedia excéntrica, que se aprovecha con inteligencia del *zeitgeist* de la época que nos ha tocado vivir. Pero

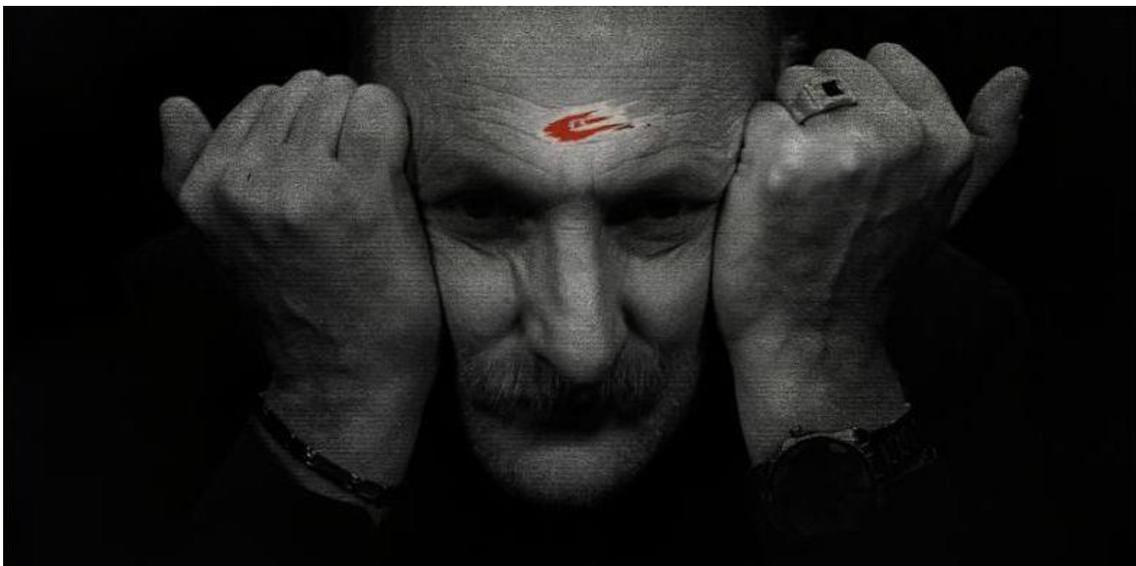
termina siendo demasiado poco concisa, se detiene en excesivos personajes y acaba agotando, perdida entre sus propias divagaciones. Aún con todas sus pegadas, interesante.

Ha pasado el suficiente tiempo desde que estuvo de moda para que pongamos en duda el valor de la etiqueta “terror elevado”, que se puso en boga hace unos años ante el auge de ciertas producciones que jugaban en la fina línea del terror sobrenatural y el psicológico y que presuntamente usaban el género como subtexto de problemas reales, *serios*. Y digo lo de ponerlo en duda porque en los últimos dos años (desde el estreno de *Midsommar*, de Ari Aster, diría) se usa básicamente de manera peyorativa; a nadie le gusta ya reflejarse en una categorización tan *snob*. Esa etiqueta probablemente será la que más tenga que afrontar *Relic*, debut en la dirección de largometrajes de Natalie Erika James. Cuando la anciana Edna (Robyn Nevin) desaparece de su casa, ubicada en un remoto pueblo, su hija Kay (Emily Mortimer) y su nieta Sam (Bella Heathcote) viajan hasta el lugar para encontrarla. Edna regresa pero lo hace acompañada de una “presencia” que poco a poco va envolviendo de temor a sus descendientes. De qué está hablando *Relic* resulta bastante obvio a poco que avanza el metraje, pero eso no es óbice para que James juegue con la idea del deterioro de la mente –de hecho, se beneficia de otorgar esa información al espectador- creando momentos tan asombrosos como cuando Sam se pierde en el *laberinto interior* de la casa, cruel cartografía de una colección de recuerdos desmembrados. No todos los acercamientos de James son tan afortunados – incluso incluye alguna escena un tanto desagradable de manera gratuita- pero con todas sus aristas, que las tiene, resulta una experiencia convincente, a la postre más dramática que terrorífica, en cualquier caso bien ejecutada.

En mi relación personal con el Festival de Sitges para la historia quedará el pase de madrugada en el Casino Prado (la sala por la que tengo mayor debilidad) de la escalofriante *The Dark and the Wicked*, donde Bryan Bertino recupera el buen pulso que demostró con su debut en el 2008 con *Los Extraños* y que pareció perder –en mayor o menor medida- con proyectos posteriores. Narra una maldición que cae sobre una familia que vive en una remota granja de manera asfixiante, con varios momentos terroríficamente memorables, que casi podríamos denominar de *vieja escuela*. Oportunidad también para ver en un protagónico lucirse a Marin Ireland, respetada actriz de teatro neoyorquino, uno de esos rostros que posiblemente hayan visto en papeles secundarios en múltiples series y películas aunque no sepan decir cuál. La obra es absolutamente carente de luz o alegría: una película de terror desde el primer al último minuto, sin chistecitos ni parones simpáticos para que se relaje la platea. Lo confieso: logró que en el corto paseo desde el cine de regreso al hotel me asustara mi propia sombra.

La vampira de Barcelona (Lluís Danés) recupera la historia de Enriqueta Martí, nuestra “Jack el Destripador” particular, considerada una asesina en serie de niños en la Ciudad Condal de principios del siglo XX cuyos cadáveres (según la leyenda urbana) utilizaba para la elaboración de cremas, cataplasmas y otras lindezas que vendía a los pudientes bajo el supuesto de que alargaban la vida y hasta rejuvenecían. Pero Danés le da una interesante vuelta de tuerca a la historia y presenta a Martí como la cabeza de turco de un oscuro entramado que mezcla a políticos, banqueros, periodistas y otros prohombres de la época en una oscura red de pornografía infantil. La película flaquea al contarnos la un tanto rutinaria historia personal del protagonista de la historia interpretado eficazmente por Roger Casamajor, sus traumas personales y su relación con una prostituta con aspiraciones de convertirse en cantante y actuar en el Liceu a la que da vida Bruna Cusí, pero brilla bastante más al mostrarnos el lado oscuro de la Barcelona de aquellos tiempos, usando unos imaginativos recursos visuales que

mezclan imagen real y animación –aprovechando de forma particularmente original y con inteligencia un presupuesto limitado- y con unas elipsis ejecutadas con brillantez. No es redonda pero sí destacable. A la postre ganó el Gran Premio del Público, al ser la película mejor puntuada por los espectadores. Lo que resultó un tanto sorprendente, ya que suele ser un premio que acostumbran a ganar cintas más juguetonas o con un tono mucho más lúdico.



La sección Noves Visions dejó caer algunas verdaderas joyas: la más brillante fue *Historia de lo Oculto*, dirigida por Cristian Ponce, también realizador de la magnética serie de animación de terror *La frecuencia Kirlian*. La narración sucede en la Argentina de los 80 y está filmada a medio camino entre la grabación de un programa televisivo (con la textura de la TV de entonces) y el drama periodístico en la onda de *Todos los hombres del Presidente* (pero que en ocasiones recuerda también incluso a *Invasión* de Hugo Santiago). Cualquier atisbo de retronostalgia –que alguno deja entrever- poco a poco va siendo dominado por una trama de brujería y magia negra que ha llevado a los políticos al poder por medio de rituales muy pero que muy oscuros, trama que los protagonistas de la historia intentan desvelar al gran público. Pero inconscientemente empiezan también a *palpar las costuras de la realidad*, y paulatinamente a comprender que la conspiración a la que se enfrentan es capaz de alterar el sentido del tiempo y la realidad. *Historia de lo Oculto* se fundamenta sobre un guion tan sólido, plagado de ideas tan asombrosas, que hace olvidar que en realidad se trata de una obra de bajo presupuesto. Fue, sin duda, la película revelación del Festival, y su éxito en posteriores Festivales de género al menos está compensando que se fuera inexplicablemente de Sitges sin ningún premio.

También en la mencionada Noves Visions pudo verse *Black Bear*, de Lawrence Michael Levine. Alison, una directora y actriz de cine que se reconoce a sí misma como difícil de tratar, se marcha a reflexionar sobre su próximo proyecto a un refugio en el bosque donde compartirá estancia con un matrimonio en conflicto. Pero tal vez esta sinopsis solo sea una manera de entender el relato, ya que es una narración que *mutará*. *Black Bear* es una película que de fantástico propiamente dicho no tiene mucho, pero sí es capaz de proporcionar una sugerente sensación de extrañeza y de reflexionar sobre los mecanismos para desarrollar la ficción: el manido "habla de lo que conoces" puede ser enfocado desde diferentes puntos de vista y no siempre tenemos que vernos

reflejados en un único personaje. El reparto está genial, tanto Christopher Abbott (aquí mejor que en "Possessor") como Sarah Gadon cumplen extraordinariamente. Pero la verdadera estrella de la función es una Aubrey Plaza entregada al proyecto a muerte, sin contemplaciones. Los *fans* de la actriz tendrán un nuevo motivo para seguir amándola.

Y no querría terminar esta crónica del Festival donde he repasado los títulos que considero más destacados (generalmente para bien y alguno que otro para mal) sin hablar de la brillante *Saint Maud*, de Rose Glass. La Maud del título a la que da vida con una inquebrantable convicción Morfydd Clark es una cuidadora profesional con serios problemas mentales, los cuales gestiona –al menos de buenas a primeras– con una sutil discreción. No para el espectador, que gracias a la magia del cine podemos contemplarla en la intimidad y descubrir que ella cree hablar con Dios, como una santa iluminada de nuestro tiempo. Ese “Dios” la guía y la aconseja en sus labores cuidando a Amanda (Jennifer Ehle), una ex bailarina que poco a poco está siendo consumida por el cáncer. El viaje de Maud por los tránsitos de su fe no será fácil y tampoco previsible, y caerá en la desesperación en una parcela del film reminisciente de aquel clásico del Nuevo Hollywood que era *Looking for Mr. Goodbar* (Richard Brooks, 1977) hasta resurgir con una devoción renovada... y absolutamente pavorosa. *Saint Maud* es un viaje a la psique de su trastornada protagonista, de la cual los ecos de su mente suenan como lo haría una tiza en una pizarra, angustiada y desesperante.



PALMARÉS 53 SITGES – FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINEMA
FANTÀSTIC DE CATALUNYA

Sección Oficial Fantàstic a competició

Mejor película: *Possessor Uncut* de Brandon Cronenberg)

Premio especial del jurado: *La nuée* de Just Philippot

Mejor dirección: Brandon Cronenberg (*Possessor Uncut*)

Mención a la dirección: Natalie Erika James (*Relic*)

Mejor interpretación masculina: Grégoire Ludig & David Marsais (*Mandibles*)

Mejor interpretación femenina: Suliane Brahim (*La nuée*)

Mención a la interpretación femenina: Marin Ireland (*The Dark and The Wicked*)

Mejor guion: Márk Bodzsár, Juli Jakab & István Tasnádi (*Comrade Drakulich*)

Mejores efectos especiales: Maks Naporowski, Filip Jan Rymysz, Dariush Derakhshani (*Mosquito State*)

Mejor fotografía: Tristan Nyby (*The Dark and The Wicked*)

Mejor música: Bingen Mendizábal & Koldo Uriarte (*Baby*)

Gran Premio del público a la mejor película: *La vampira de Barcelona* de Lluís Danés.

Mejor cortometraje de género Fantástico: *The Luggage* de Yi-fen Tsai.